



MENOS

El liberalismo parece haber olvidado que su raíz está en la confianza en la iniciativa del individuo y en su voluntad autónoma

¿HACER más con menos? No sé a quién se le ocurrió esta consigna, pero ese día no estaba en sus cabales. En pura matemática es imposible hacer más con menos. Con menos se hace siempre menos, y el voluntarismo al que apelan algunas almas cándidas que parecen creerse semejante disparate desembocará inevitablemente en melancolía, como toda empresa que desatiende el cálculo y los medios. En boca de políticos la consigna resulta aún más absurda, porque contrasta escandalosamente con la práctica del oficio. Cuando a un gobernante se le recorta el presupuesto, no hace más de lo que hacía en tiempos de bonanza. Hace menos y, salvando casos muy excepcionales, suele hacerlo peor.

Bajar los salarios y presionar a la vez para que aumente la productividad de los asalariados tampoco parece una receta infalible para superar las crisis económicas, no al menos en las sociedades democráticas. Se intentó, con éxito más que discutible, en los países comunistas, donde, en efecto, un número no muy grande de obreros heroicos competían entre sí para alcanzar los objetivos de la planificación estatal, picando el doble de carbón o produciendo el triple de toneladas de acero que la media de sus compañeros, sin descansar en los días festivos. Morían jóvenes, de silicosis o agotamiento, y les daban la Orden de Lenin a título póstumo.

Los campesinos se mostraban más reacios que los mineros o los trabajadores industriales a las delicias del estajanovismo y del *sabotnik*, aunque nunca faltaba algún tractorista animoso. A los demás se les sacudía con cariño para curarles de su egoísmo de *kulaksy*, llegado el caso, los enterraban discretamente. Sin embargo, el sistema fallaba por la falta de entusiasmo de la inmensa mayoría de los constructores del mañana radiante, que, sencillamente, no trabajaban, o procuraban trabajar el mínimo o trabajaban deliberadamente mal. El truco del palo y la zanahoria no suele funcionar cuando falta la segunda, como en el socialismo realmente existente. Nada digamos ya de dónde van a parar las incitaciones a la productividad cuando los sistemas sin palo se quedan también sin zanahorias que ofrecer.

Con menos no se puede hacer más, pero se puede hacer mejor lo que todavía sea posible hacer. Sin embargo, es dudoso que tal cosa se consiga con apelaciones morales a un esfuerzo colectivo, sobre todo, si éstas proceden de los políticos, que no están precisamente en el cénit de su popularidad. O de las instituciones. Como ha observado John Gray, éstas son percibidas hoy, en todo el mundo, como herederas de las divinidades caprichosas de la tragedia griega, que decidían a su arbitrio el destino de los individuos (o sea, como los españoles tienden a percibir los mercados después de que el ministro de Economía haya constatado con estupor que no se comportan racionalmente). Lo que el liberalismo parece haber olvidado —un olvido verdaderamente trágico en la situación presente— es que su raíz irrenunciable no está en la fe en los sistemas políticos sedicentemente liberales ni en la mano milagrera del Mercado, sino en la confianza en la iniciativa del individuo, en su autonomía y en su voluntad de decidir cómo actuar. No saldremos de esta crisis hasta que se extienda la convicción de que sólo la modificación libre y racional de los hábitos individuales —es decir, de los hábitos de pensamiento, de trabajo, de consumo, de utilización del ocio, de relación con las instituciones (lo que incluye una reflexión acerca de la conveniencia de mantener buena parte de las mismas)— puede mejorar la calidad de la vida propia a pesar de un descenso en la cantidad de los recursos disponibles.